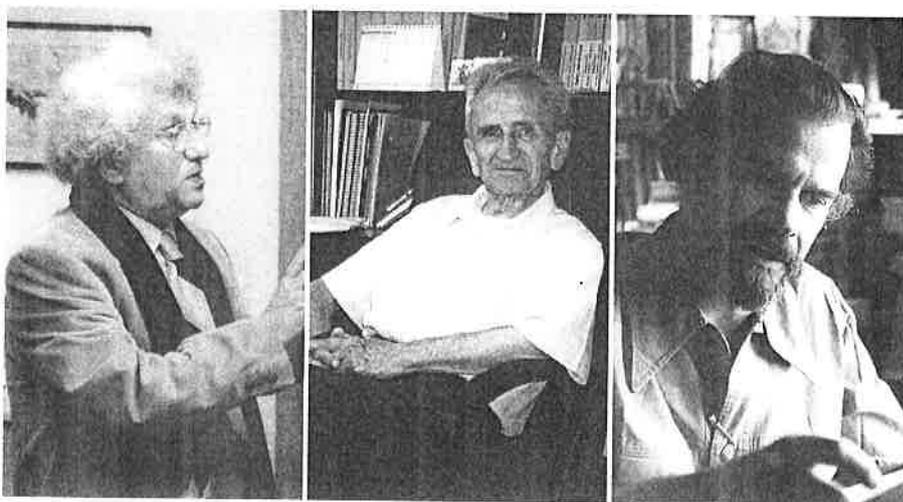


AYUNTAMIENTO DE OLIVENZA

HOMENAJE A TRES INTELECTUALES OLIVENTINOS



ANTONIO LUIS MARZAL FUENTES
MANUEL MARZAL FUENTES
ANÍBAL ABADIE – AICARDI

Olivenza • Excmo. Ayuntamiento • 2007

MANUEL MARZAL: EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Luis Alfonso Limpo Píriz

Archivero - Bibliotecario del Excelentísimo Ayuntamiento de Olivenza



En 1982 había acabado mi licenciatura en Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona. Pero me sentía muy atraído por la Antropología Cultural y por la Historia, únicas disciplinas en las que podía encontrar respuesta científica a una cuestión sobre la que entonces, y todavía hoy, me interrogo. ¿Cómo se gestó la conciencia nacional de los oliventinos a partir del 20 de mayo de 1801, el “Día 0” de la *Guerra de las Naranjas* en que amanecieron portugueses y se acostaron españoles?

En una de las materias de los últimos cursos habíamos estudiado la semiótica de la cultura, un ramal de la semiología abierto en la entonces Unión Soviética por J. Lotman y la llamada Escuela de Tartu. Decidí agarrarme como clavo ardiendo a aquel novedoso enfoque para realizar mi memoria de licenciatura sobre el caso oliventino. El título elegido fue nada menos que *Conciencia nacional y aculturación en un pueblo del Suroeste español*. (Ni qué decir tiene que las conclusiones quedaron muy por debajo de tan ambiciosa formulación...) Como en mi Facultad no había ningún profesor idóneo para dirigir aquella tesina tan atípica, hube de recurrir a un codirector en Filosofía y Letras. Concretamente, al Dr. Ramón Valdés del Toro. En la primera entrevista que tuve con él, al decirle de dónde era y qué me proponía estudiar, exclamó:

- ¡Hombre, de Olivenza! El pueblo de mi colega Manolo Marzal... Tú debes conocerlo, ¿no...?

Nunca antes había oído hablar de Manolo Marzal. Hube de pasar por la vergüenza de confesar que, aunque conocía a la familia, nada sabía del antropólogo. Él se había ido a Perú en 1950, visitando Olivenza sólo esporádicamente. Yo, recién iniciado en la Antropología Cultural, no había cumplido aún los 20 años.

En 1989, gracias a la publicación de la *Gran Enciclopedia Extremeña*, pude saber algo más de la vida y obra de Manolo y



de su hermano Antonio. Por cierto, radicado en Barcelona y vinculado a mi propia Universidad, la Autónoma de Bellaterra. ¡Cómo lamento no haberle conocido en aquellos años! Mi análisis antropológico y sincrónico del caso oliventino me había hecho desembarcar directamente en lo diacrónico, en el terreno de la Historia. La conciencia nacional española, el rasgo distintivo de la cultura oliventina, no había surgido por generación espontánea, de la noche a la mañana. Era el resultado de un largo proceso histórico en el que habían incidido factores políticos, culturales y demográficos, pero también sociológicos y económicos de enorme complejidad, como la desamortización general del 55. Una beca de la Consejería de Cultura para la catalogación del Archivo Histórico Municipal acabó de apartarme casi por completo del campo de la Antropología Cultural. El contacto directo con las fuentes primarias despertó en mí una dormida vocación de historiador. La presión constante de la reclamación portuguesa de Olivenza, finalmente, acabó por desplazar mi centro de interés de lo social y cultural a lo político – diplomático y al Derecho Internacional Público. Dejé a Marvin Harris y a Carmelo Lisón y me cogí a Kelsen, Miaja, Reuter y Pastor Ridruejo.

En 1989 ya no me interesaba la génesis de la conciencia nacional española entre los oliventinos, sino refutar el mito irredentista de una Olivenza española de hecho y portuguesa de derecho. Años antes (1985) habíamos organizado en Olivenza los Encuentros de Ajuda, un congreso para impulsar la reconstrucción del derruido Puente de Ajuda sobre el Guadiana, símbolo del distanciamiento luso-español. Pero la reclamación portuguesa de Olivenza, lejos de desaparecer con los nuevos vientos que empezaron a soplar desde Bruselas, arreció. Y yo, nombrado poco después archivero-bibliotecario del Excm^o Ayuntamiento de Olivenza, me sentí profesionalmente obligado a investigar y aclarar, antes que nada, el equívoco de la pertinaz *Olivença é nossa*.

En 1990, para celebrar la apertura de la nueva Biblioteca Municipal, organicé una pequeña exposición bibliográfica de autores oliventinos. En ella incluí dos títulos de Manolo Marzal reivindicando su nombre e intentando darlo a conocer entre sus paisanos, especialmente entre la juventud. Pero hasta 1994

no pude conocerle en persona. Fue con motivo de la celebración del Congreso Internacional “Identidad étnica y fronteras culturales – Historia de la Antropología Española”, celebrado en Olivenza a mediados de noviembre de aquel año. Uno de los temas centrales del simposio era la oposición entre fronteras políticas y culturales. La identidad de un pueblo ¿ se edifica sobre sus raíces, o más bien sobre su autopercepción del presente? Manolo Marzal ilustró en aquella reunión sus reflexiones sobre la antropología de las fronteras con un caso que le era doblemente conocido y querido: el de las misiones jesuíticas en las fronteras coloniales sudamericanas.



Manolo Marzal abordó en su ponencia los conflictos en el Norte (Amazonas) y en el Sur (Paraná - Uruguay), resumiendo la epopeya de los guaraníes en su huida de los *bandeirantes* de São Paulo. Pero el gran drama de ese pueblo no fue tanto la esclavitud a que deseaban someterle los portugueses como el entendimiento final entre las Coronas ibéricas para eliminar a sus únicos protectores, la Compañía de Jesús.

Por el Tratado de Madrid de 1750 Portugal había cedido a España el preciado enclave de Colonia de Sacramento, en la embocadura del Plata, a cambio de los Siete Pueblos de Misiones, situados en la margen oriental del río Uruguay. La resistencia armada de guaraníes y jesuitas, bellamente evocada por R. Joffé en su película *La Misión*, impidió que se hiciera efectiva la permuta de ambos territorios. Más tarde, y en un contexto político ya muy diferente, el Tratado de Madrid fue expresamente anulado y sustituido por el de San Ildefonso de 1777, resultado de la campaña victoriosa de D. Pedro Cevallos en el Brasil Meridional. En San Ildefonso, España impuso a Portugal no sólo la cesión de Sacramento, el Gibraltar portugués, sino también de los Siete Pueblos de Misiones. San Ildefonso entierra el inviable meridiano de Tordesillas y *delimita* sobre el papel las fronteras de la América portuguesa y española apelando al principio de las fronteras naturales: lagos, ríos, cumbres de las montañas... Pero, en la práctica, esas fronteras nunca llegaron a ser *demarcadas*. Aparte de las dificultades técnicas que imponía la exuberante Naturaleza americana, por la táctica portuguesa de ganar tiempo discutiendo cada palmo de tierra y cada afluente. De manera que,



cuando se abre el nuevo siglo, en 1800, España no había conseguido elevar San Ildefonso al rango de tratado definitivo, y Portugal aguardaba la menor ocasión para revocarlo. Esa ocasión la brindó la guerra relámpago de 1801, a la que puso fin pasados quince días la paz, también relámpago, de Badajoz.

Manolo Marzal, por su condición de oliventino y antropólogo, bien podría haber elegido Olivenza como tema de disertación en un congreso sobre antropología de la frontera que se celebraba, como quien dice, enfrente de su casa, en la antigua fortaleza-cárcel convertida en Museo Etnográfico. En vez de ello, decidió hablar de algo lejano en el tiempo y en el espacio: las misiones jesuíticas del Amazonas y el Uruguay. Pero, sorprendentemente, el punto de llegada de un tan largo viaje fue su lugar de origen: “En junio de 1801 los portugueses tomaron los Siete Pueblos. Cuando en diciembre llegó la noticia del Tratado de Badajoz, que estipulaba que las viejas fronteras quedaban vigentes, el virrey Pino no exigió su devolución, y así los Siete Pueblos pasaron a ser de Portugal. Es cierto que en ese tratado España se anexionó la recién conquistada Olivenza, que desde entonces es española. Así se puede concluir algo que yo, viejo oliventino, desconocía y que quizás desconozcan mis paisanos. Olivenza, no jurídica, sino fácticamente, fue permutada por Siete Pueblos guaraníes que constituían como dos tercios del actual estado de Río Grande do Sul.”

La ponencia de Manuel Marzal en el Congreso sobre “Identidad étnica y fronteras culturales” fue para mí el descubrimiento de América, el descubrimiento de una hasta entonces oculta proyección atlántica de la *Guerra de las Naranjas*. Esa proyección se resumía y cuantificaba en un mapa de la América Meridional con el siguiente pie: “Frente a los 400 Km² del enclave oliventino, el territorio de los Siete Pueblos ocupaba una superficie aproximada de 90.000 Km².” O sea: que gracias a la *Guerra de las Naranjas* Portugal duplicó en su colonia del Brasil el territorio metropolitano.

Cuatro años después de celebrado el Congreso, en 1994, se publicó un grueso volumen de actas (718 págs.) que, sin embargo, no incluía algunas de las ponencias presentadas. La de Marzal sobre la asfixiada teocracia jesuítica era una de ellas.

En ese mismo año había fallecido en Lisboa el Prof. Agostinho da Silva, inspirador del Centro de Estudios Ibéricos de Olivenza y de su revista *Encuentros/Encontros*, prolongación del “espíritu de Ajuda”. Decidimos compilar en homenaje a la memoria del Prof. Agostinho una colección de estudios diversos sobre Olivenza. Fue allí, en el nº 3 de aquella revista olivenzina (1997), donde finalmente Manolo Marzal publicó su ponencia sobre las misiones jesuíticas sudamericanas.



Al año siguiente, la Universidad de Extremadura y la Consejería de Cultura de la Junta iniciaron los preparativos para celebrar un Congreso Internacional sobre Manuel Godoy en el 2001, conmemorando así el 150 aniversario de su muerte y el bicentenario de los Tratados de Badajoz. Sugerí a los demás miembros de la Comisión Organizadora el nombre de Manuel Marzal para que desarrollara en ponencia propia las proyecciones americanas de la *Guerra de las Naranjas*, lo cual me fue aceptado. Le escribí al Perú con la propuesta. Me respondió que hablaríamos en su próxima visita a Olivenza, aprovechando un curso de verano que debía impartir en El Escorial. Debo decir que, siempre que viajaba a España, Manolo procuraba hacer una escapada, por breve que fuera, a su casa natal. Por allí solía aparecer también el antropólogo Luis Uriarte, buscando como yo su palabra y su amistad. Si la puerta estaba abierta y alguna coral de Bach se dejaba oír detrás de las ventanas, entonces es que alguno de los dos hermanos Marzal estaba en Olivenza.

Le expuse a Manolo, en nombre de la Comisión Organizadora del Congreso sobre Godoy, la necesidad de abordar las dos caras de la *Guerra de las Naranjas*, la peninsular conocida y la americana oculta, de manera conjunta. Le ponderé sus mayores facilidades para consultar ciertas obras sobre un tema cuya paternidad, desde luego, le correspondía. No recuerdo con qué palabras concretas declinó muy amablemente mi oferta. Me dijo algo así como que, a sus años, antes de embarcarse en nuevas investigaciones, debía completar su obra, apurar el tiempo que el Señor quisiera concederle recogiendo, plegando velas. Pero que no me preocupara. Él conocía a *alguien* capaz de desarrollar el tema con suficiencia:



- Tú puedes, tú debes hacerlo... – me espetó sonriendo.

Así fue como el antropólogo Manuel Marzal me apartó aquella tarde de verano de investigar la génesis de la conciencia nacional española de los oliventinos y me obligó a *enveredar* por la senda de la historia político-diplomática pura y dura. Si en mayo de 1801 Portugal perdió los 400 Km² de Olivenza, pero obtuvo en Brasil una ganancia de 90.000 Km² no asentada en el Tratado de Badajoz del 6 de junio, ¿cómo es que el Duque de Palmela tuvo entonces la audacia de reclamar en el Congreso de Viena de 1815 la devolución de Olivenza? Obviamente, la jugada buscaba el desenlace de un *quid pro quo*. La renuncia a la reivindicación de Olivenza, en la margen izquierda del Guadiana, podría servir para legalizar la anexión de los Siete Pueblos de Misiones, en la margen izquierda del Uruguay. Las inmensas llanuras orientales, bajo dominio portugués desde diciembre de 1801 sin que título alguno diese cobertura a la ocupación de facto, podrían pasar a gozar de estatus jurídico gracias a un reconocimiento sin reservas de la soberanía española sobre Olivenza.

Manolo Marzal, en 1990, levantó la punta de un velo que hasta entonces había mantenido cubierta la clave americana de la reclamación portuguesa de Olivenza, secuela de la época napoleónica viva hasta nuestros días. Él, como jesuita y conocedor de la epopeya misionera de la Compañía en las selvas del Amazonas y el alto Paraná, investigando sobre antropología de las fronteras, descubrió un vínculo secreto entre su querida Olivenza y los lejanos *Sete Povos* de Rio Grande do Sul, que personalmente había visitado, al igual que Colonia de Sacramento. Manolo Marzal, el oliventino nacionalizado peruano, descubrió América para mí, para todos nosotros, sus paisanos. Con apenas un par de líneas, de manera discreta, como quien nada dice, nos entreabrió una puerta que desde entonces venimos forzando para ventilar y hacer luz sobre ese mito perdurable que enturbia, desde hace dos siglos, el buen entendimiento luso-español.

Profundizando la línea de investigación abierta en el Congreso Internacional sobre Godoy del 2001, la revista *Encuentros* editó el año 2004 su cuarta entrega, un monográfi-

co titulado precisamente *América y la reclamación portuguesa de Olivenza*. Tuve ocasión de entregárselo en mano a Manolo Marzal en la que sería su última visita a *la vila*. Nos reunimos a solas en la nueva Biblioteca Municipal una tarde de sábado. Mientras ojeaba el número, casi 500 páginas con colaboraciones de ambos lados del Atlántico, le recordé:

- Manolo, tú fuiste el primero en tirar del hilo....

Manolo Marzal hablaba muy pausadamente. A su lado era imposible tener prisa. Sus palabras producían en el interlocutor un efecto sedante, balsámico. Recuerdo que, con la mayor naturalidad, extendió su maltrecha pierna y la puso encima de la mesita donde teníamos revistas y periódicos. Seguimos hablando los dos, a solas, en la Biblioteca sin nadie, aquella tarde de sábado: de su *último* libro – que lo fue de verdad... - , de la situación en el Perú, de las obras públicas que se estaban haciendo en Olivenza, del Museo Etnográfico, del Ayuntamiento, del Archivo... El transterrado se interesaba vivamente por las cosas y casos de su patria chica. Cuando finalmente salimos y cruzamos la Plaza para llegar hasta la vieja casa blasonada de su infancia, entraba en la iglesia de Santa María una boda. Nos detuvimos un momento contemplando a la novia que llegaba y a los invitados, ellos de frac y chaqué, ellas con pamelas, muy elegantes todos. Manolo Marzal miraba aquel espectáculo mundano con un aire entre irónico y distraído, pero al mismo tiempo con cierta avidez e intensidad. Tal vez reparase más en el paisaje que en el paisanaje:

- Siempre que vengo a Olivenza me despido de ella. No sé si ésta será la última vez...

Estreché la mano de aquel hombrecillo de voz pausada y cuerpo frágil, machacado por sucesivos accidentes de tráfico. Mientras me alejaba pensé si nos volveríamos a ver de nuevo algún día. La vida está llena de misteriosas carambolas. Creo que Manolo Marzal nunca supo la influencia que indirectamente ejerció sobre mí negándose a participar en el Congreso Internacional Manuel Godoy. En realidad, ni yo mismo he sido consciente de ella. Hasta hoy. Hasta el momento en que me he sentado a escribir estas cuartillas para su homenaje póstumo.

